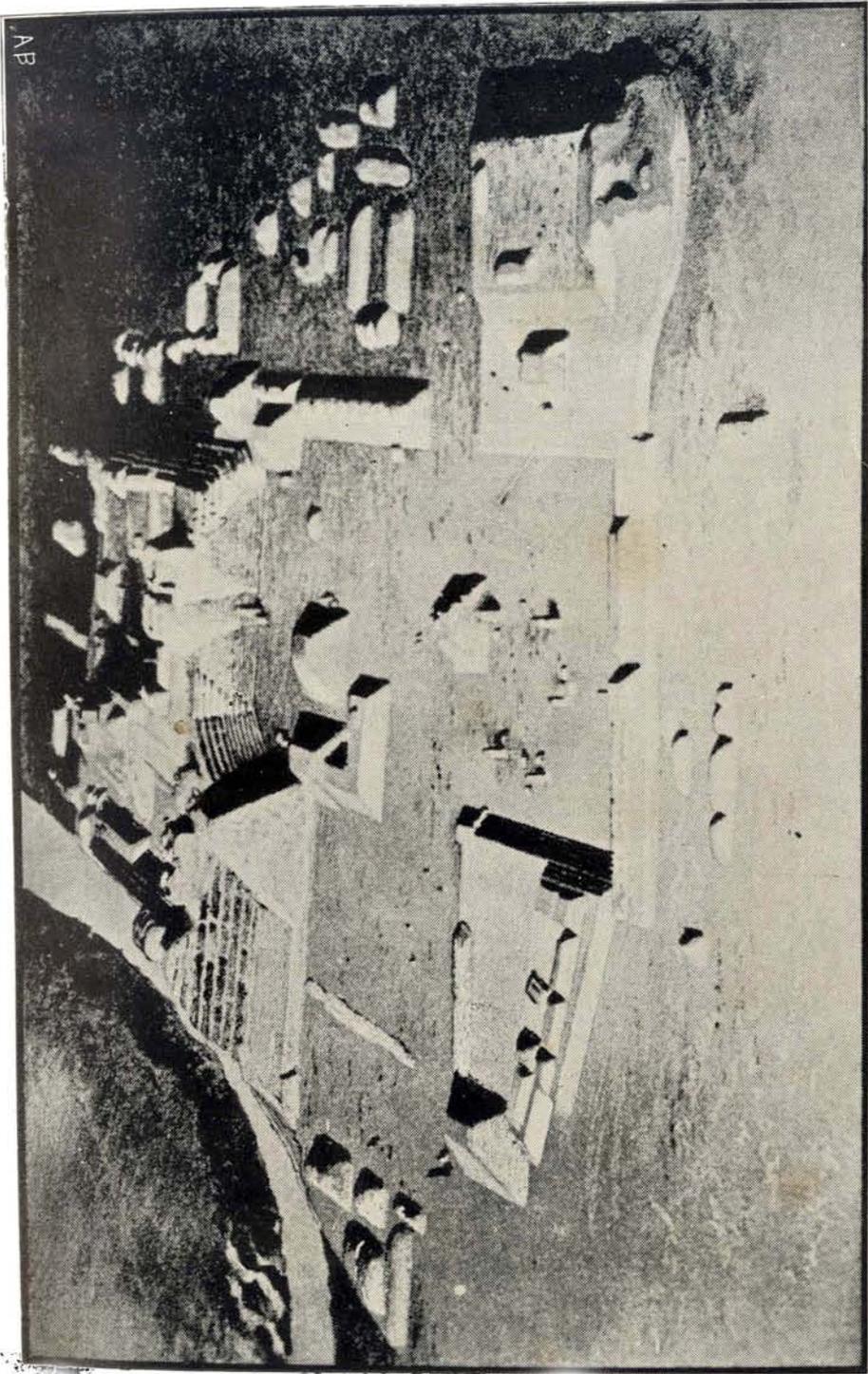


Atilio Peccorini

CONFERENCIAS SOBRE LA
CIVILIZACION DE LOS MAYAS
Y LAS RUINAS DE COPAN

1918

BINA



AB

Conferencias sobre la Civilización de los Mayas y las Ruinas de Copán

POR EL.

DR. ATILIO PECCORINI

Edición especial obsequiada por el Excmo. Sr. Don Carlos Meléndez,
Presidente Constitucional de la República de El Salvador, a los alumnos de las Escuelas
Primarias de la hermana República de Honduras



SAN SALVADOR
IMPRENTA NACIONAL
1918

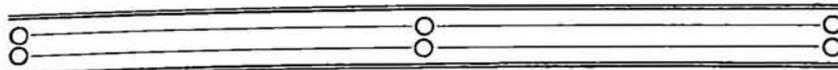


Doctor Atilio Peccorini



Doctor Jerónimo J. Reina

PRESENTACION QUE EL LICENCIADO JERONIMO J. REINA,
MINISTRO DE LA GUERRA,
HIZO DEL DOCTOR ATILIO PECCORINI,
ENCARGADO DE NEGOCIOS DE EL SALVADOR,
EN EL TEATRO « MANUEL BONILLA »,
DE TEGUCIGALPA



SEÑORAS Y SEÑORES:

Quien tiene ya conquistado un puesto distinguido entre los hombres de ciencia, no necesita en modo alguno que nadie le introduzca ante vosotros.

Más brillante credencial es la obra realizada, que la palabra laudatoria, y al doctor Atilio Peccorini, a quien pronto vais a oír, le acreditan trabajos que, justamente calificados, forman interesante parte de las investigaciones con que los americanistas están contribuyendo al estudio prehistórico de nuestro continente.

De claro talento y empujado por una vocación decidida y vehementísima, el doctor Peccorini ha consagrado gran parte de sus años, a escudriñar el misterioso origen de los pueblos primitivos de América. Ante el testimonio, aparentemente mudo, de los monumentos prodigiosos que aquellos nos legaron, su espíritu investigador se ha duplicado, y arrebatando sus secretos a la piedra, que no ha podido abatir el soplo milenario de las edades, ha entregado a la ciencia un contingente meritísimo. Ello le ha valido la honra de ser nombrado miembro de la célebre Sociedad de Americanistas de París, en cuyo seno dió ya una conferencia sobre el precioso tema con que hoy va a deleitarnos, y le granjeó el aprecio del sabio profesor de la Sorbona, M. Jorge Raynaud, cuyo nombre glorioso vivirá íntimamente ligado al desarrollo del americanismo durante el último cuarto de siglo.

Mejor que yo pueden hablar en abono del doctor Peccorini su interesante versión al castellano de la Biblia Kakchikel del ya citado M. Raynaud, la memoria detallada de su peregrinación científica a Copán, reproducida íntegramente en el gran *Diccionario Espasa*, de Barcelona, y su constante labor en El Salvador, donde dió vida a la Sociedad de Estudios Americanistas, de que es Secretario vitalicio. Pero, ¿a qué traer lejanos testimonios, si dentro de breve rato su palabra elocuente va a afirmar la justicia de todo lo que os digo? Así, pues, si yo vengo ahora inmerecidamente a haceros la presentación del distinguido conferencista, perdonadme. Prestigioso el asunto, por lo que tiene de nuevo y trascendental para nosotros, y alto el honor de tomar parte en esta fiesta del espíritu, no quise declinar la halagadora invitación que para ello me hizo el señor Rector de la Universidad, aunque seguro de la pobreza de mi palabra; que sólo ha de servir, y ya es mucho para ella, para hacer resaltar por el contraste con todo el vigor de su relieve el brillante trabajo del doctor Peccorini.

Tal vez no haya entre nosotros persona de mediana cultura que ignore la existencia de las ruinas de Copán; pero no todos conocen su significación para el análisis histórico de la época precolombina, ni tienen una idea aproximada siquiera de la belleza y magnitud de sus monumentos. Algunos de los cronistas españoles de la colonia nos hablaron de ellas. García de Palacio y Francisco de Fuentes nos legaron descripciones en las que, a juzgar por los reconocimientos posteriores, más campea la fábula que la verdad; y fué sin duda el coronel Juan Galindo, miembro de la Comisión Federal encargada en 1834 de trazar la línea divisoria entre los Estados de Honduras y de Guatemala, quien despertó el interés del mundo científico con su famosa memoria de las ruinas.

Al coronel Galindo siguió una serie de exploradores, algunos de ellos ilustres: John L. Stephens, F. Catherwood, M. de Charnay, M. Alfredo Maudslay, M. Davis, visitaron después las ruinas, haciendo de ellas interesantes descripciones, publicadas en el extranjero y

poco conocidas de la mayoría de los centroamericanos. Nosotros, que tenemos la fortuna de poseer en nuestro suelo aquellos gloriosos restos de la gran civilización maya, apenas si nos hemos ocupado, por *sport*, de visitarlos. No sé de ningún hondureño, hecha excepción del distinguido historiógrafo doctor Rómulo E. Durón y y del erudito don Carlos Madriz, que haya hasta la fecha escrito algo original acerca de ellos. Tampoco nuestros hermanos del Istmo han puesto mayor interés en el estudio de los restos arqueológicos de Copán; siendo la comisión salvadoreña que encabezó el ilustre doctor Barberena en 1894 y otra, la comisión estudiantil de 1909, de la cual formó parte el doctor Peccorini, los primeros grupos centroamericanos que visitaron en peregrinación científica las ruinas. Por eso esta conferencia tiene el doble mérito del estudio hondo y fundamentado, y de la observación personal, minuciosa y serena. Ella es la primera que se dá en Honduras sobre tema tan importante y la segunda de su índole dictada en Centro América, pues un arqueólogo alemán, había hablado ya, en 1910, ante el Ateneo de Guatemala, concretándose al análisis de ciertos rasgos de la arquitectura maya comunes en las construcciones de Copán. Y debemos agradecer al doctor Peccorini su galante y señalada deferencia de hacernos conocer su trabajo. Requerido en su tierra nativa para ello, quiso reservar discretamente para nosotros el honor de oírle; viniendo a este pedazo de suelo centroamericano que guarda dentro de sus límites los despojos de la más grande de las civilizaciones de América; a proclamar su belleza y a pedir su defensa: la defensa contra el tiempo destructor y contra la barbarie de los hombres ignaros y de los traficantes.

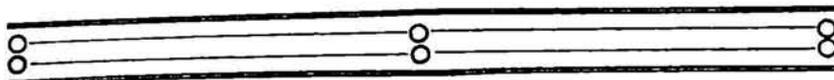
Yo tuve la fortuna de conocer las ruinas. El Pensamiento se sobrecoge ante la magestad de la obra humana que ellas representan. Y el espíritu, vuelto hacia el pasado, a través de los siglos y en un espontáneo arranque de gratitud y de cariño, saluda reverente la inteligencia y el poderío de nuestras razas aborígenes.

Como lo pide el doctor Peccorini, protejamos nuestras ruinas y estudiémoslas. Imitemos el ejemplo del ilus-

tre americanista que honra esta noche nuestro Coliseo. Me atrevo a decir, tomando por base mi conocimiento personal del terreno, que quedan aún por descubrir la mayor parte de los restos mayas que posee nuestro suelo. El gran espolón andino, que partiendo del Cerro Brujo se lanza resueltamente hasta las playas del Golfo de Honduras, encierra dentro de sus bosques diez veces seculares, innúmeros y maravillosos Copanes. La ciencia los hará brillar al sol, en no lejano día, afirmando la gloria de un pueblo grande, con la majestuosa grandeza de los sitios que eligió para su asiento.—*He dicho.*

CONFERENCIAS SOBRE LA CIVILIZACION DE LOS MAYAS
Y LAS RUINAS DE COPAN (*)

(*) Conferencias pronunciadas por su autor en la noche del cinco de septiembre de 1917 en el Teatro «Manuel Bonilla» de la ciudad de Tegucigalpa.



SEÑORAS, CABALLEROS:

De cuanto pudiera deciros en disculpa de mi atrevimiento para dictar esta mal aliñada conferencia, que de tal no tiene más que la numerosa y selecta concurrencia que me escucha, nada sería comparable a la emoción que me embarga mi ánimo al presentarme ante vosotros, sin más ejecutorias que el amor sincero que profeso a los estudios de la índole del que motiva esta espléndida velada. Pero como vuestra indulgencia sola es comparable a mi audacia, confiado vengo a deciros las pocas frases en que encarna mi profunda admiración por aquellos olvidados monumentos, fieles testigos de pasadas tradiciones, fieles exponentes de las pasadas grandezas de los valientes hijos de esta ubérrima sección de la gran patria centroamericana.

Bien quisiera deciros, en fácil palabra y persuasiva, toda la importancia que merece el asunto que me ocupa; pero obligado estoy a referir pálidamente la belleza de tema tan importante; y toca a vuestras fantasías adornar del encanto requerido la descripción que habré de hacer de aquellas épocas pretéritas, de aquellas ciudades ya muertas, de aquellas civilizaciones sumergidas para siempre en el archivo de los siglos.

No creáis, señores, que pretendo revestirme de galano estilo, del que carezco. Tarea tal me sería imposible. Mi deseo es allegar tímidamente, a vuestro conocimiento, algunos datos que en mis peregrinaciones por

la ciencia he recogido a tientas, sin orientación definida en los estudios, sin penetración suficiente en el todavía arcano casi insondable de las cuestiones americanistas.

I

Y ¿qué es el americanismo?

Esta palabra tiene más acepciones de cuantas comúnmente se piensan. A veces se refiere a palabras, a frases o a la terminología empleada en los Estados Unidos respecto a la lengua inglesa. Los americanismos no concuerdan siempre con los mismos términos y acepciones usados en Inglaterra.

También expresa esta palabra la simpatía que inspiran la mentalidad y el espíritu práctico de los americanos del Norte a ciertos europeos: es una especie de americanofilia.

Otras veces se quiere expresar con la palabra americanismo la afectación usada por algunos en hablar el inglés al estilo norteamericano, en vestirse a la americana y en practicar la desenvoltura yanqui en todos sus actos. Es, pues, una especie de americanomanía.

El mundo religioso da este nombre de americanismo a las tendencias especiales del clero americano, como si se dijera en igual sentido que galicanismo o anglicanismo, hablando de las tendencias nacionalistas de los cleros de Francia y de Inglaterra.

Otra acepción generalmente usada de nuestra palabra consiste en hacerla sinónima o propiamente afín de la palabra panamericanismo, como queriendo indicar el principio de hegemonía de los americanos del Norte sobre los demás países de la América: expresa el predominio de aquéllos sobre las demás razas y nacionalidades del continente.

Hay aún otras acepciones menos importantes de la palabra americanismo; pero la verdadera, la que com-

prende el objetivo de los estudios que persiguen los americanistas, consiste en el conjunto de estudios científicos de todas las cuestiones relativas a la América precolombina, es decir, a esta parte del mundo, relacionada con una época anterior al descubrimiento de América y también contemporánea con las primeras exploraciones de los españoles y tal vez con época posterior. Tal es el concepto científico actual de la palabra americanismo.

Los estudios americanistas comprenden la geografía física y política de aquellas épocas antes dichas, las corrientes marítimas, la geología, la paleontología, la botánica, la antropología, la lingüística, las emigraciones de las razas por tierra y por mar, el folk-lore, la mitología, la historia (no pasando más acá del siglo XVIII), la etnografía (hábitos, costumbres, vestidos, alimentación, religión, astronomía, etc., de los indios) y, por último, las ciencias, las artes y sobre todo la arqueología, que comprende los monumentos arquitectónicos, las piedras esculpidas, las telas pintadas, los códices, etc., etc.

Ya podéis admirar, señores, este cuadro gigantesco de trabajos que han marcado el derrotero de los estudios que se informan en el afán de averiguar lo que nuestros indios fueron. En tal empeño han colaborado hombres estudiosos que han hecho de estos temas el objetivo de su vida entera, y ha sido en los últimos años cuando las Asociaciones Científicas se han entretenido en pretender desentrañar tamaños problemas que, en su mayor parte, permanecen ignorados.

Fuera de los hombres de ciencia entre los cuales se distinguen de preferencia, para nuestros estudios, los de Francia, Alemania, Inglaterra y últimamente los de la América del Norte, puede decirse que la mayor parte de los trabajos americanistas los hacen actualmente las Asociaciones y, sobre todo, los Congresos.

Antiguamente los cronistas españoles tuvieron la afortunada inspiración de recoger apuntes y redactar sus admirables observaciones, y de allí la pléyade de escritores como Diego de Landa, Cogolludo y Lizana, para las cosas de Yucatán; Sahagún, Bernal Díaz del Castillo

y muchos otros, para los Aztecas, y, en fin, un sinnúmero de cronistas para el resto del continente.

La historia primitiva de Europa, Asia y Africa ha dado origen a importantes estudios científicos muy desarrollados que han permitido conocer en todos sus detalles los orígenes de los países que forman aquellos continentes. Pero en América, esta parte del globo que indebidamente se ha dado en llamar NUEVO MUNDO, pues que las ciencias geológica y paleontológica demuestran que es tan antigua como cualquier otra parte del planeta, los estudios metodizados sólo en parte muy exigua han beneficiado a las ciencias americanistas, vulgarizando sus orígenes. Y es justo decir, en honor de Francia, que franceses han sido los más entusiastas propagadores del americanismo; díganlo, si no, el Abate Brasseur de Bourbourg, Luciano Adam, Amy, Rosny y actualmente el pontífice de los americanistas mundiales, el célebre Profesor de la Universidad de la Sorbona en París, Monsieur George Reynaud, quien desde hace más de veinticinco años desempeña la cátedra de americanismo de Francia.

Además de los trabajos aislados, buena parte de los estudios americanistas ha sido desempeñada por las Asociaciones, figurando entre ellas de manera preponderante por la alta capacidad de los conocimientos adquiridos por sus miembros, la Sociedad de los Americanistas de París, donde están reunidos los sabios franceses que a este estudio se dedican. Allí Henry Vignaud, M. Capitan, M. Desiré Charnay, decano de los exploradores franceses, M. Desiré Pector, el Conde de Périgny y tantos otros afanados en penetrar el misterio de la América precolombina.

Hay en otras partes del mundo importantes centros de estudios americanistas; pero entre las sociedades especiales como la apuntada, ninguna de sus altos méritos; sin embargo, en cada gran museo europeo o americano hay un núcleo de estudiosos que contribuyen de manera notable a darle impulso a nuestra ciencia. Indiscutiblemente, entre los grandes museos americanistas, se lleva la palma el Museo Arqueológico de la ciudad de México. La belleza de sus colecciones sólo es comparable a la cantidad de sus

objetos. No podía ser de otra manera, tratándose del gran país arqueológico por excelencia del continente americano. También son importantes el Museo del Trocadero, en París, los Museos Reales Etnográficos de Berlín y Munich, el Museo Británico de Londres, y, sobre todos ellos, el Museo de Historia Natural y el Harvard de New York, en los Estados Unidos. Estos grandes museos han enviado y envían constantemente, a toda la América, misiones científicas para estudiar las cuestiones americanistas; y puede decirse que lo que no está en el subsuelo de la América arqueológica, está en lugar seguro enriqueciendo las vitrinas extranjeras.

Es indudable que lo que ha dado mayor auge a los estudios de la América histórica y prehistórica, han sido los Congresos Americanistas. Desde el año de 1875 han venido celebrándose estos Congresos, tanto en Europa como en la misma América. La diversidad de los lugares de reunión indica la amplitud de esfera donde se interesan por nuestra ciencia. Así, las reuniones de los americanistas se han venido sucediendo en Nancy, París, Luxemburgo, Bélgica, España, Dinamarca, Italia, Alemania, Suecia, México, Nueva York, Washington, Quebec, Viena, Buenos Aires, Londres. El último fue celebrado en la ciudad de la Paz, en Bolivia.

Grande y meritoria ha sido la labor de estos Congresos, y sus resultados excelentes. Ellos han servido para que los diferentes hombres de ciencia del mundo entero hayan reunido sus estudios y dilucidado por investigaciones, diversas tal vez, los mismos puntos que fueron discutidos en otras reuniones sin resultado satisfactorio por entonces; y seguramente las futuras reuniones de estos sabios darán a la ciencia americanista un incomparable desarrollo.

Réstame aún, señores, antes de terminar esta ligera sinopsis del americanismo, si para ello no fatigo demasiado vuestra preciosa atención, indicaros la nueva fase del americanismo, la fase puramente americana, si cabe la expresión, ya que ha sido originada por ideas que se relacionan con puntos de vista esencialmente americanos, y la cual ha sido iniciada por mí mismo en el momento de fundar la Sociedad de Estudios Americanistas de El Salvador.

Pues bien, señores, el moderno americanismo quiere no sólo proseguir los estudios abarcados hasta hoy por estas ciencias, según ya queda dicho; nuestro americanismo quiere además, no sólo limitarse a saber lo que los indios fueron o hayan hecho, no sólo saber cuáles fueron sus ciencias, sus artes, sus monumentos, etc.; nuestro americanismo quiere que, por el estudio de la historia y la mitología indígenas, se lleguen a cimentar las bases de una verdadera y genuina literatura americana. Es lastimoso que nuestros poetas y demás hombres de letras busquen y rebusquen inspiración artificiosa en las leyendas griegas o latinas, cuando si se conociera la mitología americana en la riqueza prodigiosa de sus detalles, se tendría una fuente inagotable de bellezas capaz de rivalizar gallardamente con las mitologías de Grecia y de Roma. Nuestro americanismo quiere que la fuente de la literatura americana mane de inspiración americana.

Hay más: las grandes construcciones arquitectónicas de los Mayas, los Aztecas y los Incas, que persisten desafiando la intemperie y los siglos, son modelos admirables de arquitectura. Y no necesitamos los americanos de ir a demandar a los griegos sus columnas, por muy bellas que sean, cuando allí no más en Chichen-Itzá está la mitológica columna de Kukulcán, la

Serpiente emplumada. Imaginaos la belleza fantástica de un edificio moderno que ostentara una columnata de esta especie, teniendo por columnas las de Chichen-Itzá, cuya base es la cabeza de la sierpe, su cuerpo escamado el de la culebra, y el capitel es el chinchín del cascabel bifurcado para sostener el edificio. Nuestro americanismo quiere que la arquitectura americana se inspire en los grandes modelos arqueológicos nuestros, para que se independice de los otros modelos.

Y ¿qué diremos de las interminables series de objetos artísticos de toda índole y de toda materia fabricados por los indios?

Baste citar las pinturas murales de sus templos, las esculturas de sus estatuas, los decorados de sus telas y papiros; en fin, la serie incontable de motivos de arte genuinamente americanos que serían sustento opimo de las artes decorativas de la América artística moderna.

Queda todavía por decir cuál será, a mi juicio, el fin trascendental del moderno americanismo. Indiscutiblemente, esto reviste grandísima importancia para el desenvolvimiento general de América. Quiero referirme a la enorme tarea que pretende desarrollar nuestro americanismo, y en virtud de la cual, por el estudio de la historia, la prehistoria y las demás ciencias americanistas; en una palabra, por el conocimiento que se ha llegado a tener de lo que el indio americano fue antes de la conquista, es decir, por lo que se sabe que el indio merecía históricamente como sujeto de naturaleza moral indiscutible, intenta, quiere lograr que el indio actual salga del estado de postración embrutecida en que le dejó sumido la dominación española, y vuelva a ser lo que le permiten ampliamente sus elevadas condiciones morales, intelectuales y psicológicas. Sabido es que los conquistadores primero, y después los hombres de la incruenta dominación, apagaron en el indio la vida moral y las expansiones del espíritu, y le convirtieron en bestia de carga de los colonizadores, hasta llegar al doloroso extremo de necesitar una sentencia papal para otorgarle la condición de sér humano.

Permitidme una digresión sobre este interesante tópic. No ha sido terminada la obra de los españoles. Nosotros mismos, y hablo de todo el continente, nosotros mismos somos los continuadores de la labor de aniquilamiento de los indios. Al indio actualmente se le explota, se le corrompe y se le martiriza. El indio, puedo decirlo sin reticencia, sufre actualmente una verdadera esclavitud, la del salario! Apenas consigue un mendrugo de pan con que disimular su hambre, apenas logra unos harapos con los cuales mal envuelve su perpetua desnudez. No, al indio no se le trata como a un hombre. Es todavía objeto de cruel explotación por parte de los que ridículamente nos llamamos ladinos! El indio es ignorante y es supersticioso, y cuando se le enseña otra doctrina, es para cambiarle la superstición de sus abuelos por cualquier otra superstición!

Pues bien, señores, nuestro americanismo persigue el alto ideal del celeberrimo Padre las Casas• libertar a los indios; pero con libertad efectiva, no con la que sólo queda inscrita en leyes que no conoce ni menos comprende, sino con la emancipación verdadera que le saque del antro oscuro donde reinan el dolor, el error y la ignorancia. Nuestro americanismo quiere que los indios tengan el puesto de honor que les corresponde en el concierto de los demás hombres americanos, que se les devuelvan sus tierras, que vivan con la amplitud material que permite la civilización para que disfruten de lo que legítimamente les corresponde y que inicua-mente les ha sido arrebatado. En una palabra, quiere el americanismo nuestro, que los indios sean hombres y que como tales hombres sean respetados!

II

Tiempo es ya de entrar más hondamente en el terreno principal de nuestro estudio. Tiempo es ya de abarcar más de cerca el tópico interesante que intento explicar y que se refiere a los estudios arqueológicos. Ante todo, permitidme, señores, que, aunque sea ligeramente, me ocupe en uno de los temas preferentes de los americanistas: me refiero a la trascendental cuestión de las civilizaciones primitivas de la América.

No entraré en disquisiciones respecto al origen de los primitivos americanos, asunto tan debatido desde hace mucho tiempo; en primer lugar por no ser de la índole esencial de este trabajo, y luego porque temería entretener demasiado vuestra generosa atención.

La América precolombina ha sido indudablemente teatro de soberanos acontecimientos que aun permanecen velados al conocimiento de los hombres actuales; pero es indiscutible que en no lejano día podremos saber a ciencia cierta cuánto ahora queda incógnito, sumergido en un misterio casi absoluto que en vano hasta hoy los especialistas han pretendido desentrañar.

Sin embargo, es sabido, entre otras cosas, que pueden reducirse a tres los principales núcleos de las civilizaciones primitivas de este continente: Los Aztecas, en el alto México; los Mayas, en la América mediana; y los Incas, en la América austral.

Es mi creencia que el núcleo más civilizado de todos estos fue el de los Mayas, como que también fueron los de civilización más antigua. Posteriormente aparecieron como raza preponderante los Aztecas, y casi al mismo tiempo, aunque con civilización menos adelantada, los Incas, en la América del Sur.

Trataremos especialmente de los Mayas.

III

Los Mayas ocuparon una grande extensión de la América Central. Entiéndese por tal, en su genuino sentido geográfico, la parte del continente comprendida entre los Istmos de Tehuantepec por el Norte, y posiblemente el de Panamá por el Sur.

Quizá más lejos se extendió esta raza privilegiada; pero solamente en el radio descrito se encuentran hasta la fecha descubiertas las huellas de aquel gran pueblo de nuestra América, digno de las más nobles epopeyas y acreedor a los más altos títulos de gloria, tanto como cualquiera de las más aventajadas civilizaciones de los tiempos históricos.

Para relatar la historia de los Mayas preciso fuera un trabajo enorme. Sobre ellos se ha escrito ya una extensa bibliografía, y sería imposible exponer en pocas palabras cuanto pudiera decirse. Sería imposible también pasar en silencio algunas de las fases más salientes de este gran pueblo que recibió de los Dioses las más altas inspiraciones, hasta llegar al extremo de concebir al Dios único, de arrancar la exactitud del tiempo a la Astronomía, de saborear la pureza de la palabra convertida en poesía a su propio idioma, y, en fin, hasta llegar a sorprender las máximas elevadas de una moral tan pura e idealista como las palabras santas de la Biblia!

Si la civilización de un pueblo debe medirse por el poder de abstracción de que es capaz, debemos convenir que el pueblo Maya ha sido uno de los más civilizados de la tierra. Y, aunque parezca temeraria esta aseveración, seguro se está de ello si se piensa que los mayas llegaron a conocer la división del tiempo con exactitud matemática. Llegaron a dividir el año solar en 365 días, tal vez mil años antes que el Papa Gregorio-

vii hiciera su célebre corrección al calendario cristiano! Dividían el año en 18 meses, de veinte días cada uno, reservando los cinco días restantes, para ellos aciagos, a celebraciones y ritos encaminados a prevenir los males que esperaban deberían suceder en tales días.

Este pueblo prodigioso supo leer en el arcano de los cielos las maravillas de los astros; conoció los planetas, y quizá, en la profundidad alcanzada en el abismo del éter, llegó hasta sorprender al Todopoderoso, y por eso supo adorar al Dios Único!

La República de los mayas estaba regida por el doble sistema civil y religioso. Los Jefes, o Ahaus, generalmente eran electivos y vitalicios, y se acostumbraba elegir como sucesor del mando al hijo mayor del Jefe muerto. Al mismo tiempo que el Jefe civil tenía el mando para gobernar y también para dirigir la guerra, el Sacerdote, mejor dicho, el Pontífice, el Ah-Kin, era el padre espiritual, manejaba las conciencias, alentaba a su pueblo en las desgracias, redimía de los pecados a la manera católica, escribía los Códices y los calendarios; era el profeta, el augur; en una palabra, la representación de su Dios invisible sobre la tierra. ¿Acaso en pleno siglo XX en el Vaticano existe un sér que en mucho se asemeje al gran Ah-Kin de los mayas?

Hay algo de mayor importancia, señores digno de revelar claramente ante vosotros, que el pueblo Maya era el más civilizado de la América precolombina. El pueblo Maya fue el único que real y efectivamente conoció y usó la escritura. Esto es trascendental, porque la escritura necesita un admirable poder de abstracción, que sólo en el mayor desarrollo de la inteligencia de un pueblo puede aparecer. Pues bien, entre los mayas existió la escritura: así lo dicen sus leyendas, y así lo comprueban sus Códices, únicos documentos entre los legados por la historia precolombina, donde se admira el sistema de su redacción insuperada por ninguna otra escritura de las antiguas!

Vamos a entrar ahora en detalles curiosos relativos a la vida y costumbres del pueblo Maya; curiosos, no por la manera de realizarlos aquella raza; pero sí debi-

do a la gran semejanza que sus costumbres tienen con las nuestras, lo que vendrá a robustecer la afirmación de la altísima evolución de aquel pueblo prodigioso.

El bautismo, el agua sagrada de los cristianos, que purifica de la mancha del pecado de nuestra madre Eva, era usado por los mayas y solamente por ellos entre los históricos pueblos primitivos de toda la América. Para ellos el bautismo significaba el renacimiento a la vida pura; era, pues, una purificación; pero no para lavar pecados ajenos ni anteriores al nacimiento; sino para preservarse de las cosas temporales que eran malas, para ser buenos en sus costumbres; era, en una palabra, un símbolo de santificación. ¡Qué hermoso simbolismo! Era tal y tanta la devoción que por el bautismo tenían, que jamás dejaban de hacerlo; y, como los actuales cristianos, si llegaban a grandes sin cumplir aquel rito, para hacerlo debían antes confesarse con el Sacerdote, a fin de que les perdonara los pecados.

La ceremonia del bautismo reviste una importancia capital entre las costumbres del pueblo Maya. A grandes rasgos permitidme relatarla.

Poníanse de acuerdo los padres de los niños mayores de tres años y solicitaban del Sacerdote el bautismo para éstos; se elegían cuatro personas para ayudar a la ceremonia. En el patio de la casa del principal de los niños, reunidos todos, colocaban en filas aparte los varones y las niñas. Luégo se imponía en aquella, como en todas las ceremonias religiosas de los mayas, la necesidad de arrojar al Demonio. Para ello se colocaban cuatro banquillos, uno en cada esquina del patio donde se sentaban los ayudantes llamados *chaces*, y con cuerdas cerraban el lugar, asiéndolas por sus extremos. El Sacerdote, sentado en el centro, tenía un brasero con maíz molido e incienso, y cada niño llegaba a él y le ponía en la mano un poco de tales sustancias, que él arrojaba en el brasero; después echaban un poco de vino en un vaso y dábanlo a uno que lo llevase fuera del pueblo sin volver la vista atrás al dejarlo. Así quedaba purificado el lugar. En seguida, mientras el Sacerdote se vestía, extendían esteras en el patio, y después salía aquél

vestido con una túnica roja hecha de plumas, con una especie de mitra también de plumas de colores, y debajo de la túnica llevaba unos listones talares, y un hisopo formado de chinchines de cascabel.

Hecho el silencio más grave, el Sacerdote bendecía a los niños, luego se sentaba y les colocaba unos paños blancos sobre la cabeza, y uno de los ayudantes aplacaba a cada uno nueve golpes en la frente con un hueso que le daba el Sacerdote. En seguida les mojaba la mano y la frente con un vaso de agua, lo mismo que la cara y entre los dedos de las manos y los pies, sin decir palabra. Entonces el Sacerdote les quitaba los paños blancos de la cabeza y les daba a beber un líquido sagrado, y con esto terminaba el bautizo.

Usaban confesar sus pecados en momentos de peligro o para prevenir mayores males. Si en tales casos estaba presente el Sacerdote, lo hacían con él; pero también podían confesarse con sus padres o madres, y los casados, con su cónyuge. Con esto se creían salvos. Sus pecados eran pocos: el robo, el homicidio y la mentira.

El adulterio era castigado severamente: averiguado el hecho, se juntaban los principales en la casa del señor, y traído el adúltero, lo ataban a un árbol, lo entregaban al marido, y si éste le perdonaba, quedaba libre, si no, lo mataba arrojándole una gran piedra en la cabeza. Cuanto a la mujer, por castigo, bastaba la infamia, que entre ellos era muy grande.

El homicida pagaba su pena matándole los parientes de la víctima, siempre que encontraban lugar para ello, salvo que pagara el valor del muerto. El hurto se castigaba haciendo esclavo al ladrón.

Reverenciaban grandemente la ancianidad y respetaban a tal extremo a los viejos, que jamás trataban con ellos, excepto en lo indispensable. Si eran solteros, no se relacionaban con los casados; y para evitar tratos inconvenientes, existía en cada pueblo una gran casa toda abierta, donde se reunían los jóvenes para sus pasatiempos y en donde dormían hasta casarse. Allí tenían

sus juegos, como el de la pelota y el de las habas, parecido al de dados.

La belleza de las indias mayas y la robustez de los mancebos contrastan con la figura escuálida que presentan los pobres indios actuales. Pueblo de sanas costumbres, es siempre un pueblo viril. Tenida por afrentosa la ebriedad, por deshonesto el celibato, por vergonzosa la ociosidad, por infame la prepotencia con el miserable y por práctica universal la caridad, era, puede decirse, el pueblo Maya, un pueblo puro, sano en lo físico y en lo moral. ¿Dónde está el Dios de los pueblos, que con su mano protectora no quiso defender a aquel pueblo santo y viril, fiel exponente de todo cuanto puede y vale el alma de los indios americanos?

Larguísima sería esta sinopsis relativa a la vida y costumbres de los mayas; y ya he fatigado mucho vuestra atención meritísima. Permitidme, para terminar, que os cuente cómo se gobernaban los mayas, algo de sus ciencias y sus libros.

Como todos los pueblos antiguos de la tierra, los mayas derivan de la Divinidad el poder; y esta Divinidad en sus orígenes remotos proviene del esclarecido guerrero, gran conquistador, que avasalló las ciudades. Adorado en vida como semidiós, al morir se convertía en pleno Dios.

El gran legislador, entre los mayas, parece haber sido Zamná, anterior a Kukulcán, fundador de Mayapán, la ciudad de los mayas.

Kukulcán, la serpiente emplumada, la figura mitológica soberbia, resumen de la sabiduría y de la astucia, que igualmente camina rápida sobre la tierra y vuela veloz en los aires; Kukulcán, la serpiente emplumada de los mayas, simboliza el relámpago que en el miste-

rio de la noche ilumina con más fulgor que los astros, y su luz sólo es comparable al sol; Kukulcán, el Quetzalcohuatl de los Aztecas, el Gucumatz de los Quichés, cantado en el Popol-Vuh; el Gagavitz de los Cakchiqueles, es el Dios de los dioses entre los mayas.

Después de Kukulcán, fundador de Mayapán, gobernó su pueblo la casta ilustre de los Cocom, con cuyo nombre se conoció después por mucho tiempo a los Jefes. El Cocom proveía de Gobernadores a los pueblos, eligiendo siempre a los más ilustres, y confirmaba la elección entre los hijos de ellos, cuando le eran adictos; les recomendaba el buen tratamiento de los subordinados y la paz del pueblo, e incitarlos al trabajo para que se sustentaran ellos y los señores.

Eran tan celosos de su gobierno temporal, como de los cuidados de la religión. Tenían un gran sacerdote llamado Ahkin-Mai, o sea el gran Sacerdote de los mayas; muy reverenciado por todos los pueblos, y le sucedían en la dignidad sus hijos o sus más próximos parientes; llevaba la clave de sus ciencias, era el redactor de sus Códices, daba consejos a los señores y respuestas a las preguntas del pueblo; no se entendía más que en los grandes sacrificios y en los negocios y festividades principales; era el que proveía de sacerdotes a las provincias, examinándolos en sus ciencias y ceremonias; y les encargaba las cosas de sus oficios y el buen ejemplo entre el pueblo; los proveía de sus libros, los enviaba a enseñar sus ciencias y los obligaba a escribir textos de ellas. En una palabra, era el gran Pontífice, augusto y sagrado, venerado y querido como los más grandes Pontífices de la historia!

Sus ciencias consistían en la cuenta de los años, meses y días de las fiestas y ceremonias, la administración de los sacramentos, los días y tiempos fatales y la manera de conjurarlos, sus maneras de adivinar y sus profecías, los remedios contra los males y las calamidades públicas, la conservación de las tradiciones, leer y escribir sus libros con los caracteres sagrados en forma jeroglífica.

Los Sacerdotes vivían de sus oficios y de las ofrendas que les hacían sus feligreses. Los Señores, o Ahaus,

eran sostenidos por el pueblo con tributos que donaban voluntariamente por creerlo su principal obligación para con la patria. El pueblo daba la vida por sus Jefes, y la traición era considerada tan monstruosa, que ha pasado inscrita en los Códices y tradiciones de sus tiempos heroicos la célebre traición de los Jefes que cuidaban la ciudadela de Chichen-Itzá. Esta traición forma época en sus anales!

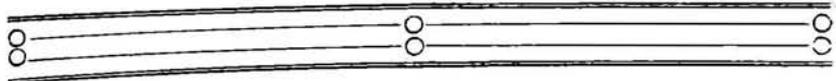
Los señores regían el pueblo, dirimiendo los litigios, ordenando y arreglando las cosas de sus Repúblicas, lo que hacían generalmente en la noche y por manos de sus principales personajes, especialmente los ricos, que eran muy obedecidos y estimados. Cuando salían a la calle, llevaban siempre gran cortejo y numerosa compañía.

El pueblo usaba mucho de la medicina, para lo cual conocían y aplicaban especialmente yerbas y sustancias minerales; trabajaban diestramente en los oficios de la carpintería, especialmente en las construcciones de sus templos y casas, y eran magníficos artífices en la arquitectura y la escultura.

Mucho queda por decir de este gran pueblo. Pero permitidme decirlos solamente, sin reticencia alguna, que toda admiración para la raza maya es poca: en ella se encierran las más altas dotes de moral, y su contextura psicológica era el soporte de un alma grande, de un alma noble, que yo no quiero creer que esté muerta, que yo quiero creer que está dormida, únicamente dormida. Alma grande, pura y generosa la de aquel gran pueblo. Y sabed que aquel pueblo al través de la historia vuelve a florecer por virtud del alto designio del Todopoderoso; y vosotros, hondureños, descendientes de Lempira, herederos sois del pueblo Maya: sois vosotros, descendientes de los constructores de Copán, los que conserváis con vosotros el patrio solar de aquellos héroes. Llor a vosotros, y que los manes que alimentaron aquel gran pueblo infundan el valor de la perseverancia redentora que fortalezca vuestro ánimo, y mostrad, ante la faz del mundo, que sois legítimos sucesores de los habitantes de Copán, demostrad que anida en vuestras almas la rebeldía indomable del Cacique Lempira!

GRANDES CENTROS DE CULTURA DE LOS MAYAS





SEÑORAS Y CABALLEROS:

Habéis asistido a un corto proceso de información de lo que ha sido el mundo Maya. Mucho, muchísimo quedaría por decir para daros una idea mejor respecto a la grandeza de aquella raza que en su paso por la tierra ha sabido dejar exponentes tan valiosos de su alta cultura.

¿En dónde están los vestigios que patentizan el desarrollo admirable de aquella raza? ¿Dónde se encuentran esas moles graníticas, esos edificios portentosos, esas construcciones fantásticas que admiran al explorador científico y llegan hasta infundir pavora en el visitador profano?

Se extienden en una superficie de cerca de medio millón de kilómetros cuadrados! Abarcan la zona entera de Yucatán, Campeche, Chiapas, Tabasco, Guatemala y la región occidental de Honduras. Es mi creencia, fundada en el descubrimiento de vasos y demás objetos de cerámica antiquísimos, que la influencia de la civilización maya llegó hasta los lagos de Nicaragua, o, por lo menos, llenó las fauces del Golfo de Fonseca.

Los restos arqueológicos diseminados en tan vasto territorio son materialmente innumerables. Existen núcleos principales donde están agrupadas las más célebres construcciones, donde se descubren maravillas del arte primitivo de los mayas, y que a través del tiempo, en lucha perenne con la más cruel intemperie, persisten.

alzándose gallardas, manteniendo muchas de ellas el color rojo ocre con que las colorearon las manos piadosas de sus artífices.

Palenke, Chakanputùn, Uxmal, Kabah, Labná, Bakhalal, Mayapán, Izamal, Chichen-Itzá, Tikal, Quiriguá y Copán. Hé aquí, señores, la serie de nombres inmortales de las ciudades sagradas. En cada una hay una biblia, hay un profeta, hay una historia. ¡En cada una ha recorrido una etapa la civilización de los mayas; en cada una se han desarrollado soberanos acontecimientos!

Los portales de Palenke, los palacios de Uxmal, los templos de Mayapán e Itzamal rivalizan con las columnas de Chichen-Itzá, las pirámides del Tikal, y apenas todas ellas son comparables a la admirable escultura de las estatuas de Copán!

Itzamal fue la tierra santa de los mayas. Su ídolo más celebrado era ITZAMAT-UL, que quiere decir, el que posee la gracia y la concede, el rocío o sustancia del cielo. Sabido es por cuanto dije que los mayas creían que había un Dios-único, vivo y verdadero, que ellos decían era el más grande de los dioses, que no tenía formas y no podía ser representado, por ser incorporeal. ¿Hay alguna diferencia con el Dios de los cristianos? ¿Sería este un presentimiento de la divinidad inherente al corazón humano? Pues bien, a ese Dios, del cual, según ellos, procedían todas las cosas, le llamaban HUNAB-KU.

El hijo de este Dios se llamaba HUN-ITZAMNÁ, quien fue, según la tradición, el inventor de la escritura entre los mayas; y cuando era preguntado por su nombre, respondía estas palabras: YTZ-EN-CAUÁN, YTZ-EN-MUYAL: ¡Soy el rocío de las nubes, soy la sustancia del cielo. El templo consagrado a este Dios era el principal. Había otro ídolo llamado Kab-Ul, o sea la Mano Obradora, por haber existido en tal templo figurada una mano, en señal de la gracia del Dios que sanaba a los enfermos con sólo tocarlos. Era tan grande la fama de este ídolo, que de todo el territorio maya acudían en peregrinación a Itzamal, para lo que fueron construídos cuatro grandes caminos a través de toda la región.

El más alto de los templos de Itzamal era llamado Kinich-Kakmó. Así nombraban al ídolo, que quiere decir: «sol con rostro» y figuraba el ave llamada guacamaya, o guara, cuando vuela con sus plumas irisadas por el sol. Kinich-Kakmó propiamente significa: «mirada del ara de fuego».

Otro de los templos, consagrado al Dios de los rayos, del huracán y la lluvia, era llamado Ppa-Pphon-Chac, o sea, templo de los rayos, correspondiente al Tlaloc de los mexicanos. En este templo habitaban los sacerdotes.

Chichen-Itzá es la ciudad guerrera, el baluarte de los mayas, el asiento de su ciudadela principal, la formadora de guerreros. En correspondencia con Izamal, ciudad eminentemente religiosa, está Chichen-Itzá, por excelencia militar y guerrera. Esto no quiere decir que, dada la compenetración en que vivían entre los mayas ambos órdenes, faltara en Chichen-Itzá la vida religiosa; muy al contrario, era también de intensa vida espiritual.

Según el libro del Chilam-Balam de Maní, a los doscientos cuarenta años de haber salido los Tutul Xiu de Tulum, ciudad mitológica, los Itzaes fundaron a Chichen-Itzá, mientras gobernaban en Bakh'alal. Ciento veinte años dominaron en Chichen-Itza, y fueron a fundar a Chakanputún. Trescientos años más tarde Ahcuitok Tutulxiú funda a Uxmal, y con el Halach-Uinic de Chichen-Itzá y el de Mayapán la gobernaron por espacio de doscientos años. A los setecientos diez años de fundada Chichen-Itzá, tuvo lugar la traición del fuerte de la ciudad, llamado Hunac-Él, por cuya causa los Itzaes abandonaron la ciudad. A los ciento setenta y siete años de abandonada Chichen-Itzá, esto es, a los ochocientos ochenta y siete años de su fundación, llegaron los españoles.

Chichen-Itzá tenía de célebre su gran templo, uno de los más bellos de la arquitectura americana; sus columnas, y el pozo sagrado. Era éste cavado en una sola piedra, de setenta pies de profundidad y aproximadamente cien metros de diámetro. Tenía en sus ori-

3 - *Conjerencias, etc., etc.*

llas un templo semejante al Panteón de Roma, adornado con tigres y jarrones labrados en piedra, y multitud de detalles ornamentales que sorprenden a todos sus visitantes.

Tikal y Kiriguá son las más próximas parientas de Copán. Se encuentran en la hermana República de Guatemala, cuya región toda entera ha sido el asiento de las grandes civilizaciones de los Quichés y de los Cakchiqueles, los que nos han heredado las más soberbias mitologías de toda la América precolombina. ¿Pudieran ser de otro modo, dada la expansión espiritual de aquellas razas, hijas legítimas de los mayas; dados la imponente de sus volcanes altísimos, sus lagos azules, sus frondosas montañas, las cintas de plata de sus dilatados, anchurosos y mansos ríos?

La naturaleza aviva el alma en aquella región paradisiaca, soporte y fermento de corazones que al través de las edades han sabido preservar la sanidad y santidad del alma primitiva de los indios americanos. ¡Ellos fueron los constructores de Tikal y Quiriguá; ellos fueron los que en los tiempos crueles del coloniaje, iban a derramar lágrimas de sangre ante sus ídolos y a reclamarles a sus dioses por la promesa de que esperaron fuerzas imposibles para contrarrestar al invasor!

Pero aquel espíritu de rebeldía y de defensa persiste también en los herederos de Tecum Human. El Dios Gucumatz de los Quichés, el Dios Gagavitz de los Cakchiqueles, velan por sus razas; y tengamos fe en que el despertar de los indios centroamericanos hará enmudecer al Dragón de los conquistadores, y, entonces, al alborear la nueva aurora de su redención, los resplandores del grandioso templo de Tohil serán saludados por los arrullos del quetzal, ave simbólica enmudecida durante cuatrocientos años, refugiada en las selvas todavía vírgenes, enmudecida de horror por la barbarie de los conquistadores de cualquier pueblo de la tierra.

¡Copán, Copán, Copán! La visité en peregrinación religiosa, como debe llegarse siempre allí para reverenciarla!

El origen histórico de Copán es dudoso y de muy difícil explicación. Autores hay que le atribuyen antigüedad tan remota, que sobrepasa en miles de años a la más antigua civilización del viejo mundo conocida. Hay asimismo quienes opinan que Copán es de fundación tan reciente, que apenas data de pocos siglos antes de la conquista. El Canónigo Ordóñez, de Chiapas, piensa que la época de la fundación de Copán, data de mil años antes de la Era Cristiana. Nada se sabe de exacto; pero sí es cierto, según lo ha comprobado el arqueólogo Mr. Morley, gracias al descubrimiento de una piedra fragmentada de Copán que lleva la fecha de 310 años antes de Jesucristo, que ya en aquel tiempo existía la ciudad, probablemente evolucionada.

Nada dice la tradición sobre si Copán estaba aún habitada a la venida de los españoles. Probablemente nó, porque el Cacique Copán Galel vivía en el pueblecito actual del mismo nombre, distante dos kilómetros de las ruinas. Parece que se sirvió de éstas para defenderse de los ataques de los conquistadores, ofreciendo las ruinas excelente situación militar sobre el valle donde están construídas.

La tradición dice que Copán es una antiquísima población que Dios destruyó por ser malos sus moradores, a quienes convirtió en piedras. Cabe hacerle grandes reparos a esta tradición. Los indios actuales pierden con bastante facilidad la noción del tiempo, y, además, las ideas religiosas inculcadas por los españoles parece que les han dejado reminiscencias de la suerte que le cupo a Sodoma y a Gomorra.

La creencia en que los habitantes de Copán fueron convertidos en piedras, patentiza la delicadeza de la escultura copaneca, que hace aparecer como obra sobrenatural lo que fue simplemente obra del cincel; y esto por sentirse hoy día impotentes nuestros indios para imitar ese arte antiguo, que es un primor de escultura ornamental.

Sea como quiera, lo cierto es que Copán es una de las más adelantadas manifestaciones del arte de la América arqueológica, la expresión mejor de la escultura precolombina. El infinito entrecruzamiento de las líneas y figuras hace que éstas no puedan ser bien apreciadas en su exquisita perfección y simetría. La manera general de este arte consiste en la representación muy adornada de la figura completa o rudimentaria de los objetos. Sus estatuas, de una escultura incomparable, casi no tienen rival. Sus jeroglíficos, delicadamente correctos, y sus edificios y demás construcciones están hechos con las más estrictas reglas de la arquitectura. Parece increíble que en una clase de piedra tan fácil de reventar al golpe del cincel, hayan sido talladas figuras que aun al dibujante no es fácil imitar; y es tal la riqueza de sus detalles, que es imposible comprender de una vez, ni aun viendo con detenimiento las estatuas, hasta dónde llega su exquisita delicadeza; pues cada vez que se examinan, se descubren nuevas figuras.

Todo ello es prueba suficiente de la avanzada cultura a que llegó Copán, para lo cual debió necesitar una evolución vastísima; máxime si se toma en cuenta que la civilización es autóctona en la América, pues no tiene, según hasta hoy se puede colegir, ninguna raíz común con civilización alguna. Dicha evolución requirió grandes espacios, grandes etapas en su historia y, por último, un desarrollo científico admirable, imposible de alcanzar sino en el colmo del adelanto, en ese cenit de toda civilización, en que irradian en todas direcciones las luminosas ráfagas de las ciencias y las sublimes facetas de las artes, hasta que, al declinar el sol del progreso, aparece la decadencia, la edad decrepita, cuyo triste fin lo deja todo sumido en las sombras!

Pero de pronto surge el faro luminoso de la investigación, y, al rasgar con sus rayos los densos velos de esas sombras, se descubren apenas, en esa dudosa penumbra, figuras colosales agigantadas por la imaginación, estatuas misteriosas, jeroglíficos incógnitos y calaveras irrisorias que con desdeñosa sonrisa se burlan de los vanos intentos de la ciencia por arrancarles su secreto.

Sin embargo, ha de llegar ya el tiempo en que el intelecto del hombre sabrá desentrañar aquel profundo misterio, y no está lejano el día en que exhibirá, hasta la evidencia, la verdad ignorada de esta gran ciudad, que indudablemente fue teatro de soberanos acontecimientos.

.

Si nos fuera dable remontarnos a la época en que la esplendorosa Copán brillaba en toda su magnificencia, nos sorprendería contemplarla con sus edificios, sus construcciones y sus templos, sus rojas escaleras, sus altares y sus ídolos, bañados muchos de ellos en esa pintura roja-ocre que el tiempo ha respetado dejándole su primitivo color. Copán fue una población inmensa, de grandes plazas, de sólidos edificios y de soberbias esculturas.

(Véase el fotograbado Núm. 1).

Los restos de antigüedades se extienden dentro de un perímetro de dos leguas; pero el núcleo principal de las ruinas, su edificación compacta, se reduce, poco más o menos, a dos kilómetros. Éstas pueden dividirse, para su más cómoda descripción, en tres partes.

La primera está compuesta por lo que llamo grande anfiteatro. Consiste en inmensas graderías que limitan la gran plaza por el Norte en toda su extensión, y por el Oriente y Poniente se extienden a más o menos ciento cincuenta metros. Muchas de estas graderías con inscripciones jeroglíficas, todavía en perfecto estado de conservación, servían para alojar los millares de personas que asistían a religiosos espectáculos. La Gran Plaza tiene más de trescientos metros de largo por unos ciento cincuenta de ancho. Es absolutamente plana; su piso,

sólido y adoquinado, debe de haber tenido un gracioso aspecto blanco.

La gradería del Norte tiene unos doce metros de altura, con una amplia meseta en la parte superior. En el centro de la meseta se levanta una pequeña pirámide, desde cuya cumbre baja una hermosa escalinata, con algunas inscripciones jeroglíficas, hasta el nivel del piso. Al pie de esta escalinata se alza uno de los más bellos e interesantes ídolos.

(Véanse los fotograbados Núm. 2 y 3).

Al frente de él hay una gran piedra bien labrada, al parecer de sacrificios.

Por el Oriente la Gran plaza está orlada de una gradería semejante a la anterior. La meseta de esta gradería se extiende en forma triangular por el Este, y es muy plana en la parte superior, salvo ligeras prominencias en el Norte y una regular pirámide en uno de sus vértices. Tiene ésta, al pie del ángulo Nordeste, un monolito con jeroglíficos extraños en forma de tejido de petate, (fotograbado Núm. 4) y una piedra con un adorno en forma de X, que coincide exactamente con los rumbos cardinales. La meseta que acabo de describir tendrá unos 70 metros de Norte a Sur, y en esta dirección limita a la Gran Plaza; 65 de Poniente a Oriente; por el lado de la hipotenusa, que es una línea quebrada, tendrá unos 100 metros.

Por el Poniente, la Gran Plaza limita con una gradería de escultura semejante a la anterior, pero de forma casi cuadrada, y tiene dos mesetas: una de pocos metros de elevación, con una pequeña pirámide en el centro, frente a la Gran Plaza, y la otra de pocos metros más elevada que la primera.

En el centro de la Gran Plaza hay una pirámide cuadrangular con una escalera en el lado Oriente. En su flanco Sur hay un monolito en forma de piedra de sacrificios, y en su lado Norte empiezan los ídolos que la pueblan en considerable número.

Por el Poniente y siguiendo una línea recta siempre con las construcciones descritas, se extiende una gradería, o, mejor dicho, una construcción en forma de gradas

por los cuatro lados. Tiene poca altura y unos diez metros de base. Entre esta construcción y la anterior, hay un espacio libre como de 30 metros, a cuyo lado queda una de las entradas principales que dan acceso a la Gran Plaza. Por el Sur tiene ésta una gran pirámide en el fondo y poco distante de las construcciones que la limitan por ese lado y que consisten en las faldas de cerros piramidales de forma y base irregulares; toca por su vértice Noroeste con otra pequeña pirámide unida a una construcción en forma de L y de menor altura.

En el flanco poniente de la gran pirámide que colinda con las partes descritas, hay una bellísima escalinata (fotograbado N° 5) como de 7 metros de anchura, con líneas de perfectos jeroglíficos en cada grada. En su propio centro tiene un ídolo que representa un Dios sentado en una de las gradas sobre un tapete finísimo, y se advierten los hilos de sus adornos semejantes a los flecos de un pañolón.

Tiene el Dios un adorno como fez de esfinge, y los brazos recogidos sobre el vientre y como con una ofrenda en las manos. Al pie de esta hermosa escalinata hay una gran piedra con figuras extrañas, y otra que representa un lagarto, de cuyas fauces sale una cabeza humana. Entre estas piedras yace derribada una estatua hecha pedazos.

Al pie de la pirámide central de la Gran Plaza hay un ídolo roto y caído (fotograbado No. 6). Próximamente se encuentra una bella escultura que representa un trono y que bien puede ser la efigie del Dios Kukulcán, la serpiente emplumada.

(Fotograbado No. 7)

El cuerpo medio de las construcciones de Copán, se levanta en forma irregular, más o menos cuadrada, y se extiende principalmente de Norte a Sur. En su parte Noreste tiene una pequeña prolongación compuesta de la pirámide descrita anteriormente y una especie de azotea de forma cuadrada y de pocos metros de altura.

En el centro de las ruinas se alza una de las pirámides más elevadas de Copán (fotograbado No. 8.) Es una de las que separa como, ya se dijo, la Gran

Plaza del núcleo central. Tiene en su cumbre restos de una edificación compuesta de siete celdas y está más al Poniente, fuera de otras construcciones destruidas. Siguiendo la dirección del Oriente, se encuentran los mejores restos de todas las edificaciones de Copán, y consisten en una serie de celdas que deben de haber sido de uno de los templos principales. Contiene espaciosas habitaciones, algunas de ellas primorosamente adornadas con figuras y detalles maravillosos.

(Fotografados Nos. 9 y 10).

Siguiendo siempre en la misma dirección se encuentran restos de habitaciones numerosas (Fotografado No. 11) de paredes angostas de piedra canteada, algunas de ellas comunicadas entre sí, y en el extremo vecino a la orilla del río se encuentra una pequeña celda, a la que se llega por una hermosa y bien conservada gradería. Era posiblemente un templo. (Fotografado No. 12).

Las construcciones de la parte que limita el río de Copán, que ahora pasa besándolas en casi toda su longitud, consisten en unas pirámides de base cuadrangular, con muchas habitaciones en la cumbre. Éstas limitan el patio central de esta parte de las ruinas, y al pie de ellas y en el mismo patio, hay ahora un hueco por donde se baja a una celda subterránea que comunica con el exterior del lado del río por un conducto hecho en piedra, por donde puede pasar un hombre a gatas. Al otro extremo del centro de las ruinas hay otro patio llamado occidental, y está separado del anterior por una serie de construcciones en forma de pirámide truncada. Una serie de graderías circunda (fotografado No. 13) el patio oriental, que tiene aproximadamente 40 metros en cuadrado, de extensión. Forma una especie de pequeño anfiteatro, y en la gradería que conduce al otro lado se encuentra una de las escalas más bellas de Copán, que constituyen un timbre de honor para los escultores copanecos. Consiste esta escala en varias gradas con jeroglíficos, con pasamanos bien labrados, y que tienen al remate de éstos dos grandes tigres en actitud de acecho.

Uno de los ángulos de este patio sirve de base a la más alta de las pirámides de Copán (fotografado

No. 14), la que en su vértice tiene una cabeza enorme figurando probablemente el mascarón de Zamná, el abuelo del Dios Izamná de Chichen-Itzá. Esta pirámide, que en la mayor parte de su base limita el patio oriental por el lado Sur, está separada de las construcciones del lado del río por un pequeño pasillo; y en estas construcciones, a las cuales conduce una gradería hasta la cumbre, se encuentra en su base superior, que es plana, un tigre de piedra, sin cabeza, por habérsela quitado algún valiente explorador o visitador sacrílego, y que tiene más de tres metros de las garras a la cola. El tigre está en actitud rampante. (Fotograbado No. 15).

El patio occidental es más grande que el anteriormente descrito, y tiene en su interior otra construcción que fue quizás adoratorio. Limita este patio, por el lado oriental, la gran pirámide Sur, la más alta y bella, con extraña escalinata de calaveras que desde la cumbre baja hasta un altar primorosamente esculpido. (Fotograbados Nos. 16 y 17).

En esta pirámide que puede calcularse de cerca de treinta metros de altura, existen habitaciones en todas sus partes, desde la cumbre hasta la juntura con la pirámide truncada que separa los patios. Frente a estas habitaciones hay un bonito patio de poca extensión, donde se ve además un bello monolito.

Hacia el mismo lado donde está el altar de Copán y junto a las gradas de la pirámide de separación de los patios, se ve una estatua, más angosta en su base que la parte superior, pintada de ocre, actualmente inclinada, tal vez por efecto del tiempo.

En las proximidades de la construcción (fotograbado No. 18) que está en el patio occidental, pude recoger varios fragmentos de escultura que, por su perfección, son dignos de admirarse (fotograbado No. 19).

Fuera de lo descrito, que lo ha sido a grandes rasgos, de lo principal de las ruinas de Copán sólo resta mencionar la última porción de éstas, que consiste en pequeñas pirámides, en el mismo orden de las demás construcciones, con sus bases

en correspondencia con los cuatro rumbos cardinales, con sus gradas algo conservadas, por las que se llega a las cumbres terminadas generalmente en plataformas con restos de edificios.

Al Sur de todo lo descrito y siguiendo la base del mismo rumbo de la gran pirámide, sólo se encuentran promontorios de poca altura sobre el nivel de los patios, y desde éstos una larga gradería que se extiende de Oriente a Poniente. Es de poca altura y da a una plataforma que tiene dos pirámides de base exagonal con un ángulo entrante: una en el extremo poniente, y la otra al lado opuesto. Casi del centro de esta plataforma bajan pocos escalones al nivel general de la Gran Plaza.

Lo relatado comprende la edificación compacta de Copán; pero a dos kilómetros de las ruinas se encuentran preciosos fragmentos.

(Fotograbado No. 20).

Habéis asistido, señores, a una escena en verdad interesante, cual es la revelación, para muchos de vosotros, de aquellos grandes anfiteatros de Copán. Ahora os mostraré algunas de las obras escultóricas que el arte copaneco dispuso allí.

Pues bien, allí se encuentran las series de monolitos sagrados, allí están las estelas principales, bellas esculturas de bien proporcionadas formas.

(Fotograbados Nos. 21 y 22).

Hé aquí el ídolo de la entrada por el lado poniente de la Gran Plaza. ¿Quién pudiera abarcar de un sólo golpe de vista la infinita variedad de adornos que existen en esta estatua? Es de admirar en ella su regular estado de conservación y además las graciosas esculturas que adornan al EX, la cinta que cubre la figura por delante.

(Fotograbados Nos. 23 y 24).

Esta estatua, que, como casi todas, tiene tres metros y medio de altura, presenta en su reverso una bellísima plancha de jeroglíficos. La expresión del rostro del Ídolo en forma pentagonal, revela dolor.

(Fotograbados Nos. 25 y 26).

Os llamo la atención, señores, sobre esta estela. Ella tiene un simbolismo revelador de cosas sumamente interesante. Podéis advertir claramente entre sus adornos superiores las trompas de elefantes. Y bien, tal cuadrúpedo ha existido en América en épocas remotísimas, y, al sentir de Cronau, este animal y el mammoth hace miles de años que dejaron de existir en el Continente Americano! ¿Cómo lo conocieron nuestros indios? ¿Por virtud de qué tradición ha podido llegar hasta los artistas copanecos la efigie exacta de tal bestia, apenas figurada en los maundbuilders, de la América del Norte?

(Fotograbado No. 27).

Esta estela presenta la curiosidad de tener sus jeroglíficos entre cordones, pintada la estatua de rojo ocre y bastante bien conservada. Sólo hay que lamentar que algún visitador profano haya mutilado los jeroglíficos al quererlos arrancar.

(Fotograbado No. 28).

Esta estatua es la estatua del terror: se advierte en ella la expresión del miedo, de la fiereza. No sabría decir si en ella se ha querido esculpir algún ídolo especial que tales cosas figurara, o si bien la intención del artista ha sido infundir en el pueblo creyente la impresión de aquellos sentimientos. Es de notar, además, que tiene un traje distinto de todas las otras que presentan figuras, y, su vestido completo, hasta el calzado, indica la especialidad de esta estatua, digna de nota bajo tales respectos.

(Fotograbado No. 29).

Esta bellísima estatua, la mayor de todas, pues alcanza 5 metros de altura, tallada en roca granítica de manera perfecta, está en el propio centro de la Plaza, donde se hallan los ídolos. Presentaba, cuando en pie, dos figuras casi iguales: la una viendo al Oriente, y la otra al Poniente. Sus jeroglíficos son tan finos, que en algunos de ellos se advierten los dientes de un pez diminuto. La forma oval del rostro que tiene el ídolo es casi perfecta; indudablemente es el más bello de todos. Frente a esta estatua existe una gran piedra de sacrifi-

cios, figurando un caparazón de tortuga, con canales por donde probablemente escurría la sangre de los sacrificados.

Generalmente se sacrificaban animales; pero en casos muy excepcionales tenían por cierto que se salvaban de alguna gran calamidad solamente haciendo sacrificios humanos.

Llegado el día del sacrificio, para ellos muy augusta ceremonia, juntábanse en el anfiteatro de la Gran Plaza, y después de verificar sus bailes simbólicos y de echar del lugar al demonio en la forma que antes dije, el gran sacerdote untaba de betún azul el cuerpo de la víctima enteramente desnuda, y los *chaces* untaban también de azul la piedra de sacrificios; ponían a la víctima un casco en la cabeza y la conducían a la grada del Templo. Los chaces con gran presteza la ponían de espaldas en la piedra y asianla de las piernas y de los brazos. En esto llegaba el *nacom* y dábale con gran maestría con una navaja de pedernal *urta* cuchillada entre las costillas del lado izquierdo, sobre el corazón. Luégo con la mano lo extraía y lo presentaban palpitante en un plato al sacerdote, el cual muy aprisa untaba los ídolos con aquella sangre fresca!

Así creían aquellas almas infantiles rescatada su dicha! Así creían dominar la sombra negra de la desgracia!

Copán fue, indudablemente, una población bellísima, blanca como Jerusalem, populosa como Roma, y como Atenas, asiento de artistas!

Muy poblada y eminentemente religiosa, como lo atestiguan los templos, ídolos y altares esparcidos por toda la ciudad. La enormidad de sus plazas todas, como ya dije, con grandes graderías, están demostrando que des-

tinadas fueron a contener millares y millares de espectadores en aquellas ceremonias religiosas. La Gran Plaza ha podido contener cuatro veces más espectadores que el Coliseo Romano! Y en la construcción de Copán se han empleado lo menos 26.000,000 de pies cúbicos de piedra.!

Perdonad, Señores, la magnitud de este trabajo. Seguramente habrá fatigado ya vuestra atención; pero permitidme, antes de darle término, deciros dos palabras. Éstas van encaminadas a sugerir a vuestra mente la idea fundamental de mi conferencia: La necesidad urgente de proteger las ruinas de Copán! Es doloroso que se encuentren casi en completo abandono: la vejetación cruel sienta sus troncos centenarios sobre las más altas cumbres de las pirámides, y las raíces, con su taladro inclemente, husmean el interior para engordarse y con ello desquiciar las piedras y desajustar los edificios, que por tal causa se desmoronan constantemente.

La intemperie, las tempestades que descuajan grandes ramas que caen sobre las estatuas y las arrojan al suelo en cien pedazos; los visitantes profanos que cometen el doloroso sacrilegio de mutilarlas por gusto; los exploradores ambiciosos que irreverentes las ultrajan quitándoles los mejores detalles para llevarlos a enriquecer museos extranjeros; en fin, todo allí es conjuro perpetuo para contribuir a perderlas. Pero no es eso todo, señores, hay algo más cruel todavía: me refiero al bello río Lelá, que lame las bases de las pirámides. Este río ha emprendido, desde hace quién sabe cuántos años, la obra destructora más sensible para las ruinas. A cada crecida del mismo caen grandes bloques de las pirámides; y es tristísimo pensar que, revueltos con las aguas turbias, se pierden para siempre quién sabe cuántas riquezas, cuántos tesoros de la arquitectura y la escultura de Copán.

Ese gran barranco que veis (Fotografado N° 30) es lo que aun quedaba de las ruinas en 1909, cuando visité a Copán. Tal vez ahora se hayan reducido a mucho menos. En aquel tiempo con gran trabajo logré salvar un tigre de piedra, semejante al de la proyección que os he mostrado, y que estaba a punto de derrumbarse en el barranco y perderse para siempre.

Tales fueron, señores, aquellos pueblos de que os he hablado esta noche; tales fueron las ruinas, y a lo que habéis mirado, quedan reducidas.

Por honrosa y meritoria que sea la labor del Gobierno que proteja y del pueblo que cuide de las ruinas, queda siempre en pie otro problema, a mi juicio muy grave y trascendental: me refiero a la restauración moral de la clase indígena. Copán es un símbolo: expone el alma rota de los indios, herida de muerte por la dominación. Al mismo tiempo que habremos de rescatar aquellas piedras sagradas, debemos emprender la gran jornada, la jornada de Las Casas, el fraile dominico hijo de Castilla, salvador y restaurador de la honra de España conquistadora; porque si fue incruenta la dominación, fue en cambio cruel y bárbara la conquista. Tiempo llegó en que nadie habría osado sostener que los que llegaron a la América predicando la Doctrina del Cristo de Judea, no eran más bárbaros y salvajes que aquellas almas nobles y tranquilas que vivían en la independencia bozal de la Naturaleza.

Después de la algarada del combate conquistador, al disiparse el humo de los arcabuces, el sol, indiferente, vino a alumbrar el cadáver galvanizado de una raza entera, ha dicho un gran pensador centroamericano; pero yo no convengo en que la raza indígena esté muerta, aunque es cierto que los conquistadores, prime-

ro, y los colonizadores, después, han apagado en ella la ilusión de la vida, le han llenado la existencia de tanto dolor y de amargura tanta, que su espíritu carece de expansiones, y ellos mismos se consideran inferiores. Y tiempo es ya de que suene la hora de su redención, tiempo es ya de que el gran sacerdote Camascatl, de Cuscatlán, el Pontífice Quiché y el Ah-Kin de Copán entonen, desde el cielo donde moran con sus antepasados Kukulcán, Tohil y Gagavitz, los himnos que arrullaban a los guerreros de Atlacatl, a las huestes de Tecum-Umán y a los hijos siempre gloriosos del gran Lempira.

Copán es un símbolo. ¡Copán es el depósito sagrado que nos legara aquella raza nuestra! ¡Copán es el depósito sagrado que guarda nuestra historia; es el receptáculo de las grandes tradiciones de los héroes sin nombre, de las epopeyas gloriosas! Si es cierto que la ciencia abarca los dominios enteros de la humanidad, y por tanto la ciencia entera velará sobre Copán, cierto es también que ese rincón sagrado que velan actualmente las selvas del Cacique de acero, del gran Lempira, ese patrio solar que es cosa vuestra, será cuidado por todos los herederos de nuestros antepasados comunes. Presto llegará el día redentor en que las ruinas sacras de Copán se conviertan en reliquia centroamericana; y entonces, a la luz de la más plácida luna, arrulladas aquellas moles graníticas por el murmullo del río Lelá, verán llegar a ellas los altos espíritus de aquellas legiones ya muertas, de aquellos tiempos ya idos, de aquellas edades remotas, y en presencia del gran Pontífice de Copán, del gran Ah-Kin de los mayas, celebrarán ellos también un sacrificio en holocausto de la jornada redentora: sacrificarán ante sus dioses y sus ídolos la figura escuálida del separatismo !!

Y al rayar el alba, a la hora en que los espíritus vuelan a la región celeste, el coro de los sacerdotes entonará el himno sagrado de su biblia santa, y ante aquel conjuro mágico, Kukulcan, la serpiente emplumada, cruzará los aires con su silueta de fuego; los quetzales de

todas las selvas centroamericanas romperán su mutismo, y cantarán, y el águila Cakchiquel, desplegará sus alas de oro, y volará anunciando la buena nueva a los hermanos unidos de la América Central!!



Plano de las ruinas de Copán



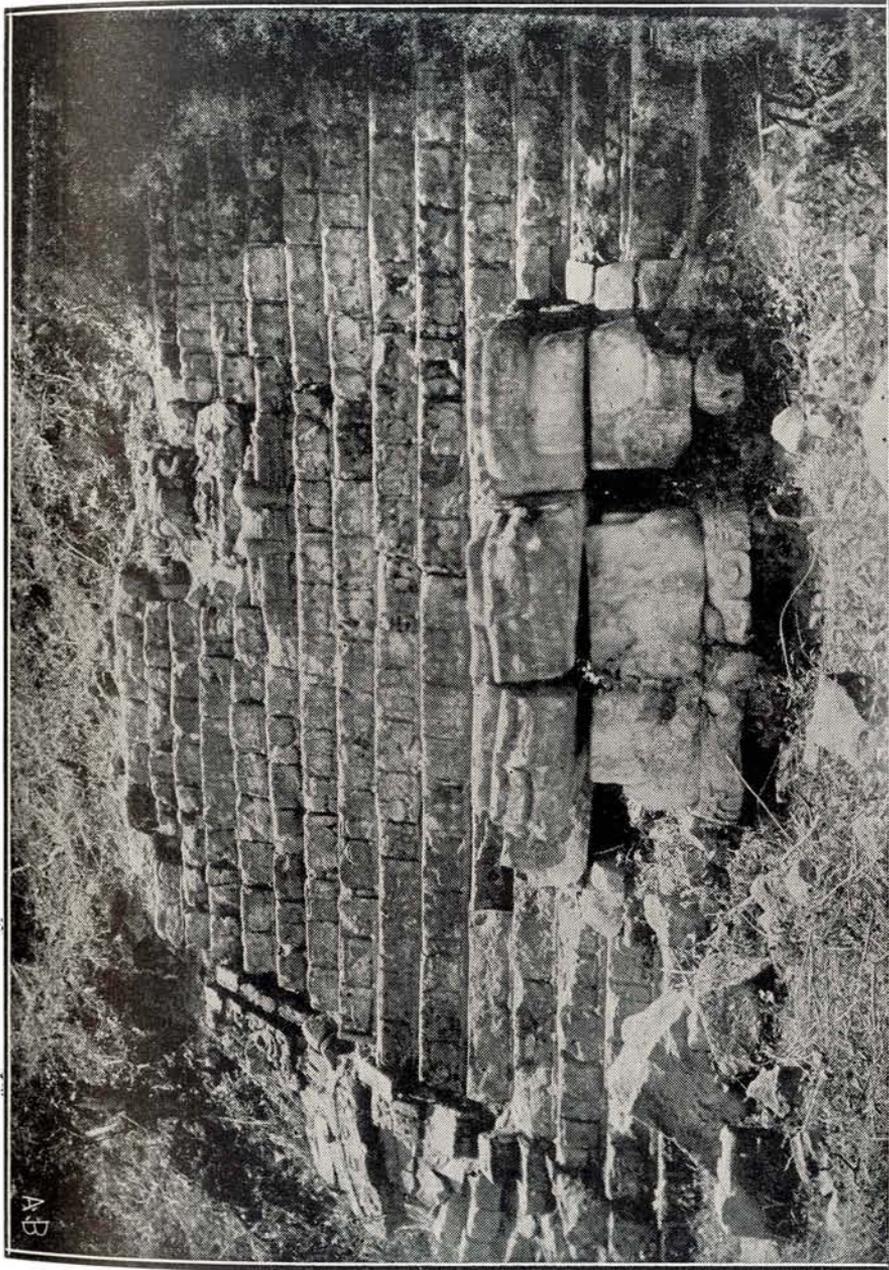
Frente del Ídolo



No. 3.—Reverso del Ídolo



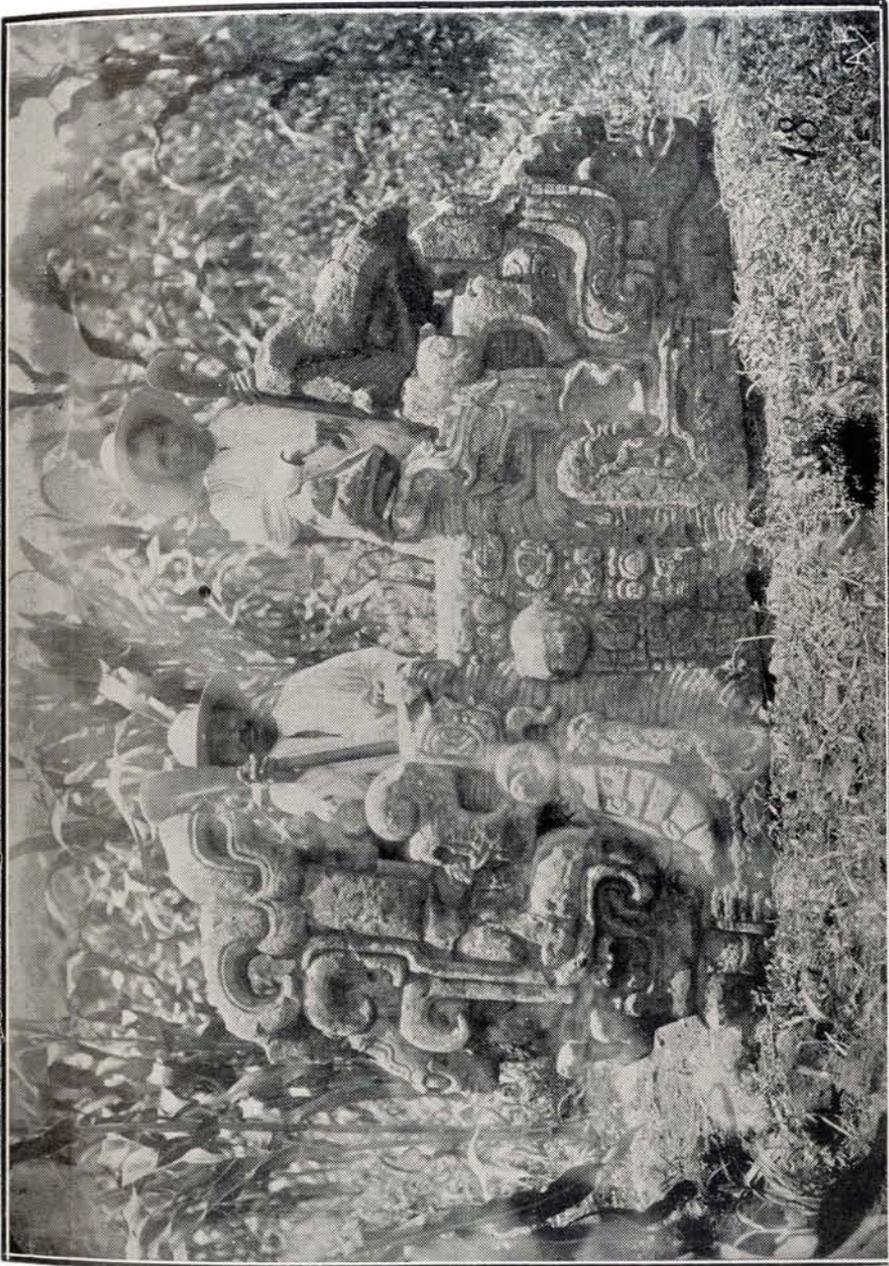
No. 4.



AB



No. 6



No. 7



Nº. 8.



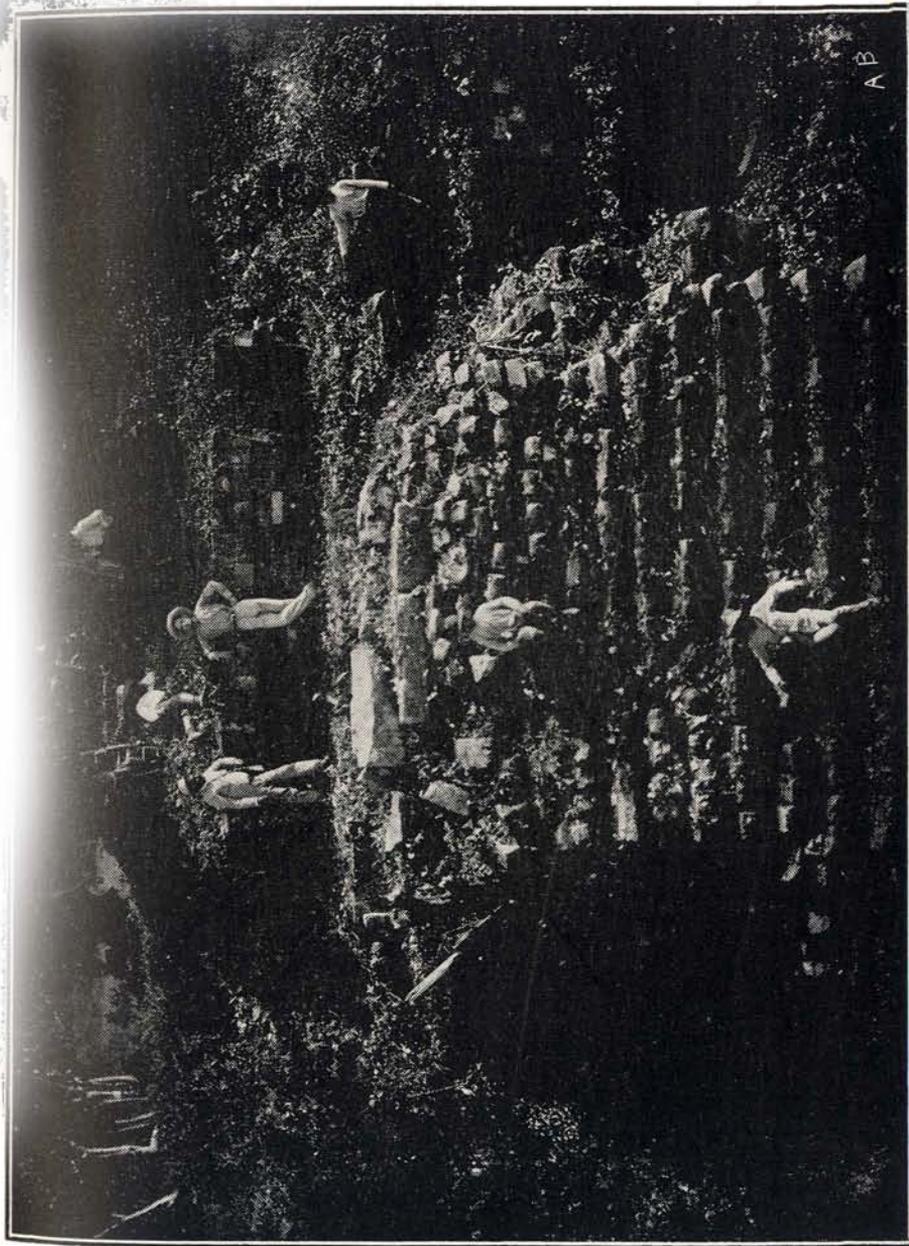
No. 9.



No. 10.—Interior del templo.



No. 11.



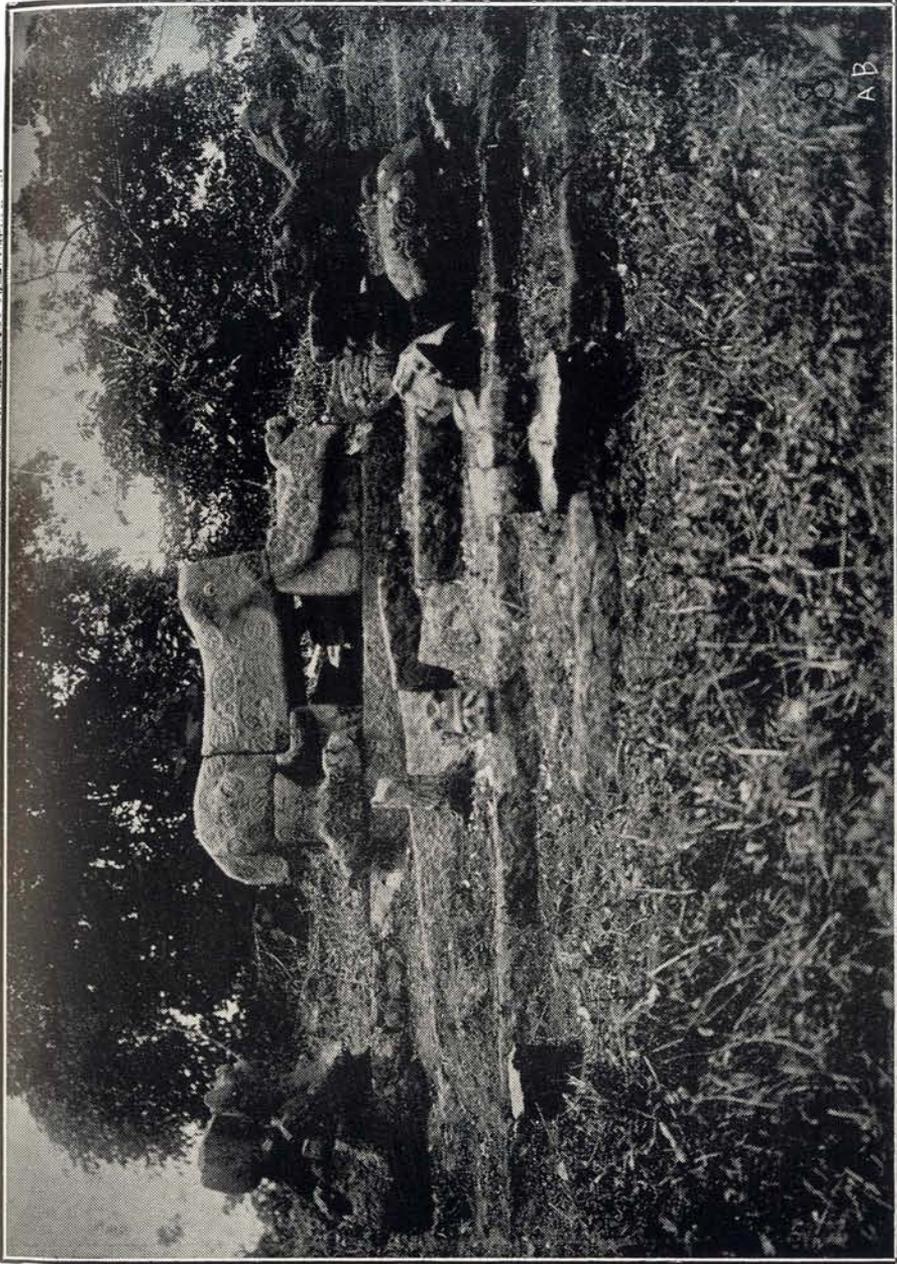
No. 12



No. 13



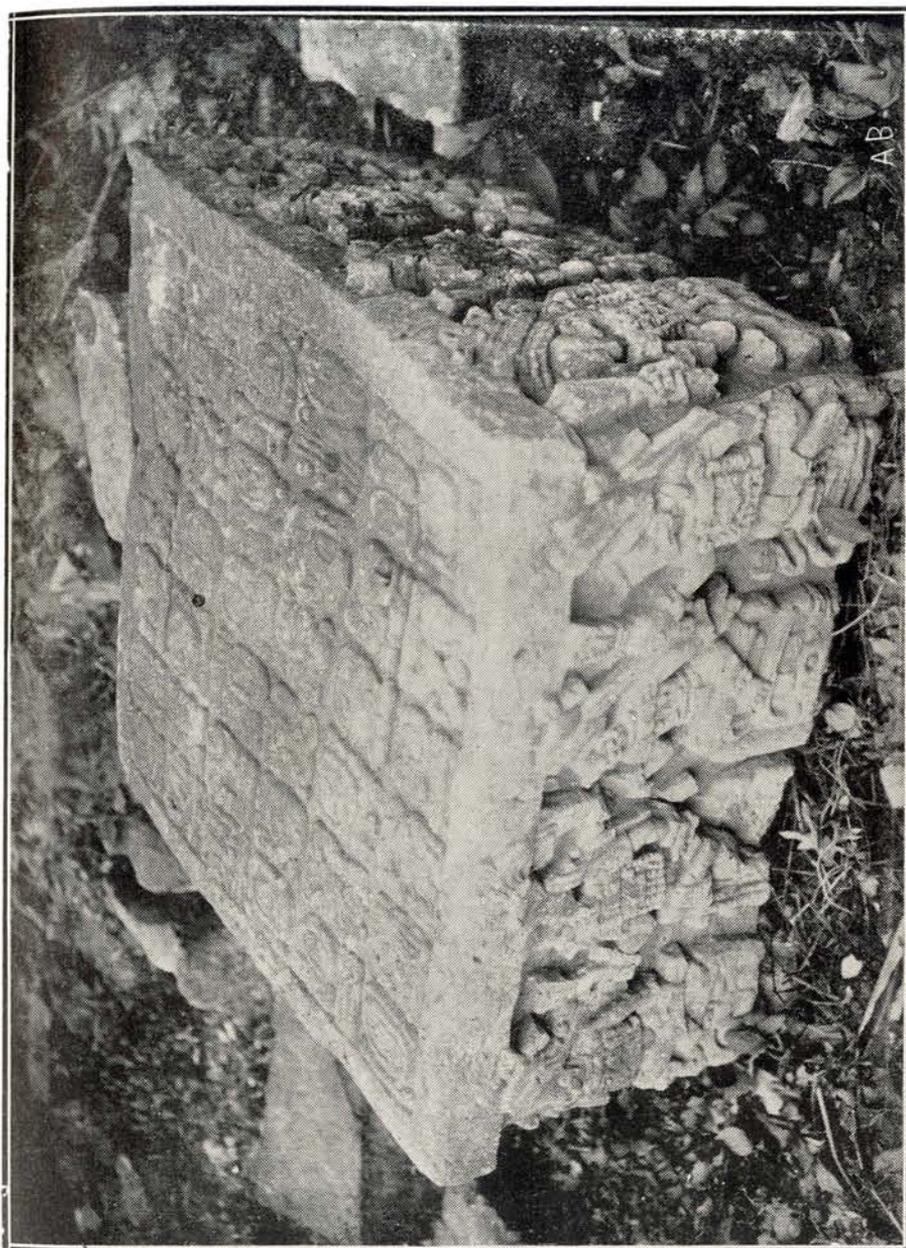
No. 14



No. 15



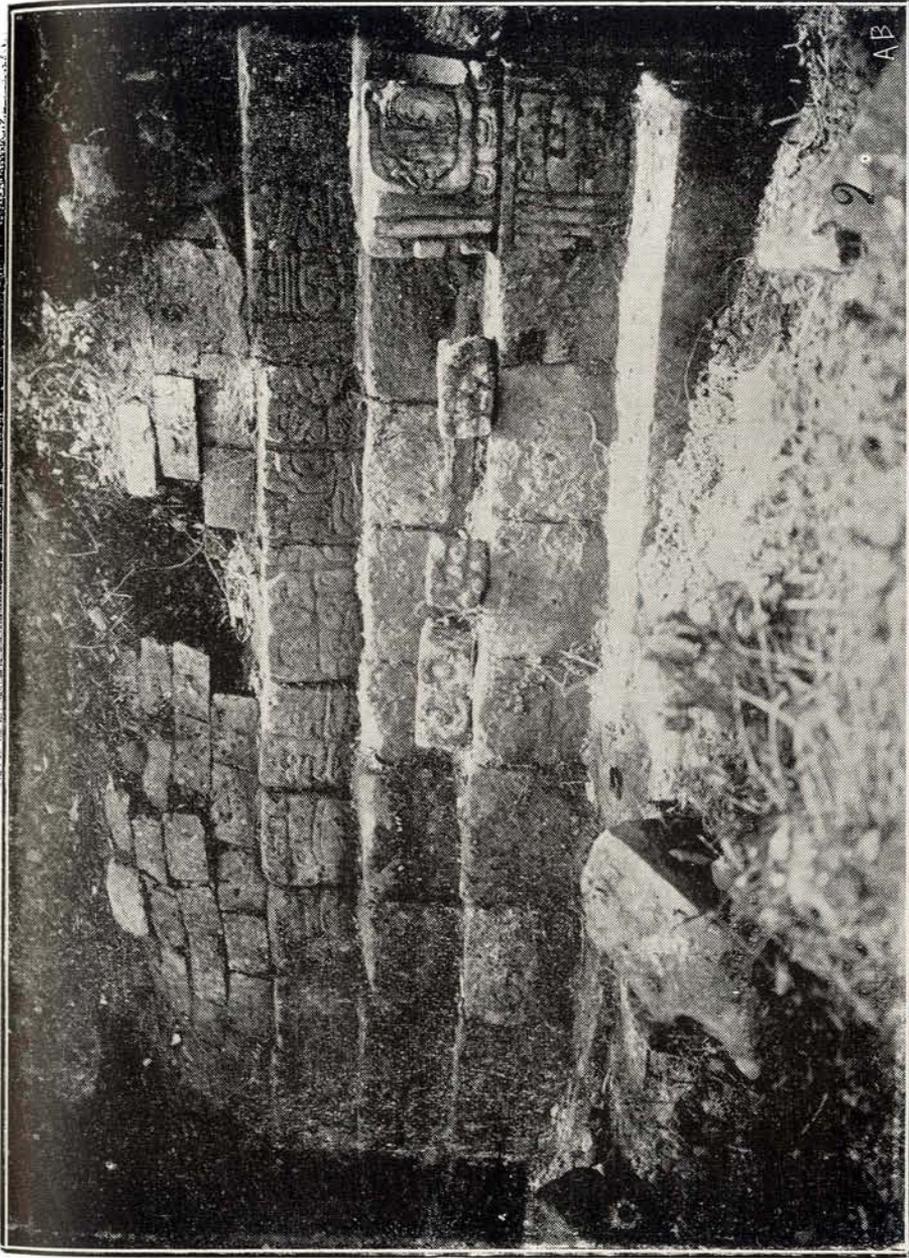
No. 16.—Frente del altar de Copán



No. 17.—Altar de Copán



No. 18



No. 19



No. 20.—Restos arqueológicos en el actual pueblo de Copán



No. 21.—Frente al ídolo



No. 22.—Reverso del ídolo



No. 23.—Frente del ídolo



No. 24.—Reverso del ídolo



No. 25.—Frente del ídolo



No. 26.—Reverso del ídolo



No. 27.





No. 28



No. 29



No. 30

072712

